

CAPITEL ROMÁNICO

Siglo XII

Granito

40 x 56 x 35 cm

Nº Inv. 21

En la primera relación de objetos adquiridos para el Museo realizada por la Comisión de Monumentos, publicada en su Boletín en 1898, aparecen citados sólo tres capiteles, dos de ellos perfectamente identificados -el prerrománico de Santa María de Vilanova y el “romano de la decadencia”, donado por D. Benito Fernández Alonso- y un tercero de estilo románico, regalado por el cura de Maside D. José Álvarez, citado reiteradamente en las Actas desde 1896, casi siempre de forma imprecisa, sin medidas, ni descripción por lo que no resultaba fácil su identificación. Cuando en el año 1946, D. Basilio Osaba abre el Libro de Registro inscribe, además de los ya citados, cinco capiteles más: los dos de la Claustra Nova, uno de mármol, probablemente procedente de Barxacova, dos de estilo románico, uno de ellos hallado en el Polvorín (Ourense), y otro sin procedencia, pero de magnífica labra y grandes proporciones, decorado con tres grifos. Si en un primer análisis, su tamaño y calidad nos impidió identificar este capitel con el citado en las Actas como procedente de Santo Tomé de Maside Vello, al cotejar ambas documentaciones llegamos a la conclusión de que de todos ellos el único que por sus características podía ser era el decorado con tres grifos descrito por Osaba. A ello contribuye que presenta restos de quemado lo que nos indica de tuvo que sufrir el incendio acaecido en las salas del Museo de la Comisión de Monumentos en el año de 1927, por lo que su ingreso tuvo que ser anterior a la citada fecha.

Se trata de un capitel entrego de cesta troncopiramidal, de cuidada labra y considerables dimensiones. Está decorado en cada una das sus tres caras por un grifo de estilizado cuello, que vuelve la cabeza para picar el plumaje de las alas. El collarino, aparentemente oculto, como acontece en otras piezas de este tipo, aparece bien definido bajo las patas y las garras de los animales que lo cubren parcialmente. La pieza, que carece de ábaco y cimacio, está labrada con gran detallismo, señalando cuidadosamente las plumas enconchadas y los enormes espolones de las patas delanteras, las garras de león en las traseras y el rabo que cruza por encima del lomo. En algún momento debió de estar policromado, pues conserva restos de color blanco y roja.

La falta de estudios en profundidad sobre la iconología y la iconografía de la mayoría de los capiteles del románico gallego no nos impiden comprobar su gran riqueza temática. Los repertorios son abundantes tanto en temas religiosos como profanos, estando, no obstante, los animales quiméricos menos representados, por lo que este capitel resulta, cuando menos, atractivo por su calidad, que lo ponen en relación no sólo con los interesantes capiteles de Santiago de Breixa (Pontevedra) si no también con algunos de los mejores capiteles de la Catedral de Santiago de Compostela sobre todo, desde el punto de vista estilístico, con el capitel situado en el lado sur decorado cómo lo que hoy estudiamos, con tres grifos.

Dentro del edificio románico el capitel cumple una doble función: estructural e ilustrativa. En él se apoyan los arcos que sostienen las bóvedas, las arquivoltas de las portadas y los ventanales, los arcos de los frisos o los de las galerías porticadas de los claustros; ocasionalmente, aparecen también ubicados bajo las cornisas, cumpliendo la misma función que los canzorros y a veces incluso rematan las columnitas que soportan las mesas de altar, o los vemos airosos sostener los empujes de los arquillos del parteluz de los alxemices, tan característicos de la arquitectura románica. No obstante, el capitel románico es ante todo el escenario donde se expone un rico repertorio de formas llenas de fuerza y expresividad al servicio de una idea trascendente. El escultor se sirve de ellos para recrear una naturaleza distorsionada y compleja, de ricos repertorios iconográficos y de temática muy variada que refleja la visión que el hombre de este momento tenía de Dios. Son literatura en piedra para los laicos, a los que no sólo se debe educar en la fe sino sobrecoger, y donde nada es gratuito.

Desde un punto de vista estético, el capitel románico deriva del clásico corintio, de modo que uno de los motivos más utilizados es la vegetación, y especialmente aquella basada en el acanto de origen greco-romano, rematada muchas veces en volutas, aunque sin desdeñar otras especies como el helecho o la col. También emplea con profusión una sencilla hoja plana rematada en bola colgante y que constituye uno de los prototipos más claramente románicos.

Pero quizás lo que atrae de los capiteles sea la decoración figurada que muchas veces portan, especialmente en las piezas que suelen encontrarse en el arco triunfal y en las portadas, donde podemos admirar escenas del Antiguo Testamento: Adán y Eva, Daniel entre los leones, la lucha de Sansón... o del Nuevo: Nacimiento, Resurrección, la duda de Santo Tomás...

Completan este repertorio interesantes manifestaciones de la vida cotidiana, representación de oficios, saltimbanquis, músicos o bailarinas, guerreros a caballo o a pie o escenas de los trabajos de los distintos meses del año que se reproducen en forma de calendarios, pero también vicios y tormentos, y ser fantásticos y mitológicos como quimeras, grifos o sirenas que recuerdan el Juicio Final y el poder de divino.

El grifón, representación de origen oriental, es un animal fantástico, ambivalente, mitad león, mitad águila, que en el mundo antiguo aparece como vigilante al servicio de grandes tesoros. En la Biblia aparece en el listado de animales impuros por lo que en época románica puede aparecer, tanto como un ser del bestiario del demonio, glorificando al Señor con su derrota o también como guardián del cuerpo de Cristo, por lo que se reserva casi siempre para decorar los capiteles del interior de las iglesias y específicamente los de los arcos torales. En numerosas ocasiones se representan varios afrontados, bebiendo de un vaso o copa, como Fuente de la Vida, o entre árboles, también símbolo de la Vida.